

«Lo andino es un factor esencial de nuestra nacionalidad»

UNA ENTREVISTA CON EDGARDO RIVERA MARTÍNEZ POR MARIANO DE ANDRADE

País de Jauja, de Edgardo Rivera Martínez, fue elegida por una encuesta de la revista Debate como la novela peruana más importante de la década de 1990. El hecho, de por sí, indica que se trata de una obra altamente valorada por los lectores especializados, en este caso, los escritores y críticos que participaron en aquella encuesta. Sin embargo, hay algunas cosas que un simple voto no alcanza a revelar.

En primer lugar, estamos hablando de una novela que no se inscribe en una corriente presuntamente 'hegemónica' (urbana y limeña) de nuestra tradición narrativa, recientemente denunciada en una discusión entre escritores. En segundo término, por su temática, resulta un texto innovador y audaz, al plantear una propuesta utópica en la que lo andino y lo occidental coexisten armoniosamente.

En esta entrevista, su autor, Edgardo Rivera Martínez, habla sobre País de Jauja, su significado y errónea adscripción al neoindigenismo.

auja ha tenido una conformación social y cultural muy especial. ¿Cómo se explica eso?

El valle del Mantaro es un valle mestizo, sin haciendas. Estoy hablando de los años cuarenta. Recuerdo que había un hacendado que trabajaba de inspector de disciplina del colegio, imagínate. Lo que pasa es que Jauja empieza a ser un lugar especial por el sanatorio para tuberculosos. Y hasta allí llegaron personajes importantes, como Bartolomé Herrera. Manuel Pardo también estuvo, antes de ser presidente. En 1903 vino uno de los mayores estudiosos de la literatura española de ese tiempo, el padre Blancas, un sacerdote agustino que llegó desde El Escorial. La de Jauja era, en ese entonces, una sociedad de pequeños propietarios. El viajero Wiener, por ejemplo, se refiere a Jauja en el siglo XIX como una pequeña sociedad ilustrada, una sociedad sin latifundistas.

El mundo que retrata en la novela, ¿cómo era?

Había una presencia foránea fuerte. No tan importante como en los años veinte, pero había muchos extranjeros. Cuando termina la Primera Guerra Mundial, el año 1918, hubo tres corridas de toros en Jauja, organizadas por franceses, ingleses e italianos respectivamente, para celebrar el fin del conflicto. Había muchos comerciantes europeos y judíos, japoneses también. Con ellos la interacción era fácil y abierta aunque, claro, uno pasaba por el sanatorio con cierto resquemor, por el temor a contagiarse. En cierto modo, ese mundo es como está representado en la novela, así lo recuerdo, así lo viví. Y como he dicho antes, la ausencia de latifundismo ha sido un factor clave, pues ello significó que en Jauja no se manifestaron las formas de segregación más frecuentes que han conocido otras provincias andinas. Eso le dio a la ciudad un rostro diferente.

¿País de Jauja tiene algunos antecedentes, hay otros textos que intenten abordar el tema antes de su novela?

Bueno, hay dos textos que hablan de Jauja desde una perspectiva literaria. No sé si serán novelas exactamente, pero en cierto modo retratan el mundo de los enfermos, de la vida en el sanatorio. Uno de esos libros es *Sanatorio* (1938), de Carlos Parra del Riego, que recrea las anécdotas de los enfermos, en su mayoría limeños, que estaban allí. El otro, la biografía del padre Blancas que mencioné antes, escrita por otro sacerdote, Manuel Monjas, creo que publicada en 1930.

¿Era un mundo homogéneo?

Homogéneo, no. Había diferencias, pero yo me refiero sobre todo a un entretejimiento cultural. Radulescu, uno de los personajes de la novela, era un rumano que llegó a Jauja y se alojó un tiempo en mi casa; era una persona cultivadísima. Jauja era básicamente un mundo de clase

media, en todas las casas, en casi todas, había un piano. Jauja ha sido un caso especial, fue un punto de encuentro cultural. En realidad, nunca he abogado por la homogeneización cultural y mucho menos me he situado en la línea de los ideales criollos de asimilación del Ande, a la manera de Riva-Agüero. Tampoco he procedido así ni en mis artículos ni en mis estudios. Lo he dicho muchas veces y lo repito: me siento orgulloso de mis raíces andinas.

Encuentro que está plasmado en la novela.

Claro, fue un contacto enriquecedor muy importante. No había indios, había campesinos, unos más mestizos que otros, claro, pero mestizos al fin. Ahora, la idea de Jauja como arcadia está presente desde el imaginario medieval y recorre buena parte del siglo XIX. Con todo, Jauja fue una ciudad pequeña y de escasa gravitación nacional.

El mestizaje ha sido un eje central en Jauja.

Sí, el mestizaje cultural y racial también. Había mucha cultura y personas importantes. Mi profesor de literatura, Pedro S. Monge, por ejemplo, era amigo de Mariátegui. Mi abuelo materno hablaba francés. En fin, era un mundo muy interesante el que se formó en Jauja. Yo lo he vivido y lo he disfrutado. Yo participaba incluso en algunas labores del campo, como la trilla, la separación del grano de trigo de la paja. Se hacía a caballo, no había trilladoras. En esa época yo era niño y comenzaba a leer *La Ilíada*. En mi casa tomaba lecciones de piano y no había mayor distingo entre la música culta y la popular. Dicho sea de paso, la música tiene una presencia muy fuerte en la novela.

¿Sería correcto llamar a *País de Jauja* una novela andina?

Sí y no. Yo publiqué un estudio sobre la literatura peruana a propósito de la tesis de Antonio Cornejo Polar que habla de la totalidad contradictoria como sistema. Yo no creo que haya sistema, porque la palabra sistema implica que haya una interdependencia total. Lo que digo es que hay una totalidad diversamente articulada, con un centro, una periferia y una frontera. La frontera sería la literatura oral, la periferia sería la producción literaria de provincias y la del centro sería la de Lima. Ahora, mi obra no solo es de temática andino-mestiza, también hay textos que transcurren en Lima. Y algunos de mis textos, como *El visitante* o *Ciudad de fuego*, tienen un impulso básicamente cosmopolita. Es un error pensar *País de Jauja* dentro del indigenismo o del neoindigenismo. Yo no hablo del problema de la tierra, sencillamente porque en Jauja no había problema de la tierra. ¿Sabes quién era el más grande terrateniente de Jauja? El colegio nacional donde estudié, San José de Jauja, era dueño del fundo Yanamarca, un terreno muy extenso. Eso te puede dar una mejor idea de qué hablo. Es cierto que el mundo andino tiene una presencia importante en mi novela, me siento orgulloso de mis raíces andinas, pero eso no me ha impedido acercarme ni disfrutar otras tradiciones. Y eso es lo que hace Claudio, el personaje de mi novela.

¿Hay un modelo de nación en *País de Jauja*?

Creo que en algunos casos se ha tomado el título de la novela de manera literal, como si ella, a pesar de ser ficción, contuviera una tesis sobre la nación. El título tiene que ver más con la leyenda medieval sobre el País de Jauja como lugar de la felicidad. Yo creo que ese es el punto. La vida de Claudio Alaya, a pesar de sus modestos recursos y la amenaza de la enfermedad, es feliz, plena.

Pero hay un subtexto utópico bastante claro.

Lo que se plantea es la posibilidad de una utopía, cosa a la que todos tenemos el derecho de aspirar, en el sentido de que alguna vez el Perú llegue a ser una nación en la que convivan en armonía identidades y tradiciones culturales diferentes, fiel cada quien a sus raíces autóctonas, pero abierto al enriquecimiento espiritual, al contacto con el otro o los otros.

¿Cómo percibe su lugar en la tradición narrativa peruana?

Hay que distinguir la apreciación literaria de la personal. Vargas Llosa, especialmente en *La guerra del fin del mundo*, es un escritor que admiro muchísimo. Pero su opción es realista, la mía es lírica. Lo admiro como un gran constructor de novelas, pero mi gusto personal va por otro lado y por eso me gusta Arguedas. Es un autor al que respeto mucho. Sus novelas no me gustan todas de la misma manera. Él muestra un mundo andino muy rico, profundamente enraizado, pero distinto al que yo viví. Me gusta también Ciro Alegría, ahora un poco postergado. Por supuesto, Vallejo está también entre mis preferencias.

Memoria familiar e invención son dos elementos presentes en *País de Jauja*. ¿Cuánto de usted hay en Claudio Alaya?

Un alto porcentaje. No necesariamente es un álgot ego, porque tal vez él sea un poco más extrovertido que yo, tal vez tenga más euforia social que yo, pero sin duda proyecto sobre él

muchas cosas más: la lectura, la música, la literatura. Por eso la novela incorpora el proceso de su escritura, ¿no? Eso se ve en la relación entre el Claudio Alaya joven que empieza a escribir y el Claudio Alaya que recuerda eso mucho tiempo después. Por otro lado, en la novela hay el relato de una experiencia formativa, la de Claudio, por la que yo también pasé.

Hace poco los medios fueron alborotados por una agria discusión entre varios escritores nacionales. ¿Usted es «criollo» o «andino»?

Bueno, debo empezar por decir lo siguiente: yo no concurrí a la reunión de Madrid porque no fui invitado, a pesar de mi producción literaria. No sé bien cómo se inició la controversia, y cuando esta ha proseguido aquí con gran virulencia la he seguido entre asombrado y divertido, pero lamentando también que la prevalencia de lo personal haya echado a perder la oportunidad de un debate que pudo ser esclarecedor. Hace unos años publiqué en una revista de la Universidad de Stanford un ensayo en el que reconozco, junto con Mariátegui, que lo «andino» es un factor esencial de nuestra nacionalidad. Y que nuestra literatura, en un sentido vasto que incluye con todo derecho lo oral, se da en múltiples expresiones, entre la modernidad y la frontera, es una totalidad diversamente articulada, como ya mencioné. ■